

## **Santa Misa de la Cena del Señor (02-04-26)**

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

El día jueves, el Señor instituyó la Eucaristía, es decir, lo que llamamos nosotros la Misa, y la instituyó porque sabía lo que iba a pasar. Había predicado, había curado, había defendido, había amado con todo el corazón, especialmente, a los pequeños, a los pobres, a los indefensos, y supo hasta el último momento dejar a sus discípulos para que continuaran su obra, porque sabía que venía el momento más difícil, organizado por la religión de aquel tiempo, que interpretaba a Dios como uno lejano, que no se compadece de nadie, que impone cosas y, finalmente, solamente se le puede acceder si es que uno es un “puro” y un “perfecto”.

Jesús no entendió ni vivió de esa manera tan indiferente y superficial la vida que su Padre Dios le dio. Él vino a mostrar que Dios no nos asusta ni nos desprecia, sino que somos sus hijos y, por eso, nos ama. Y vino a proclamar la grandeza y maravilla de ese Dios con todos sus gestos, y quiso dejar el gesto de la Eucaristía, el pan y el vino, como signos de su Cuerpo y de su Sangre, para que todos, alimentándonos de ese Cuerpo y esa Sangre, pudiéramos también amar como Dios nos ama, no creyéndonos dioses, sino siendo inspirados por el Dios Amor en lo más profundo de nuestro ser.

Es evidente que los discípulos sentían un cariño especial porque habían caminado con Él y, ciertamente, en el signo que celebraremos ahora dentro de un ratito, del lavado de los pies, los discípulos sienten que es demasiado, demasiada entrega, demasiada generosidad, demasiada autohumillación. Sin embargo, si nosotros no nos dejamos

amar y limpiar los pies por Jesús, no entenderemos que ese es nuestro camino también como Iglesia con la humanidad. Y ese camino se llama el servicio a la humanidad, especialmente, a los más desvalidos, a los más pequeños, a los pobres, y como en esa tarde también hemos pedido a los niños, los niños de la Parroquia Montserrat que han venido hoy día.

Y lo hacemos, hermanos y hermanas, pensando en los 175 niños que fueron masacrados en su escuela el día 28 de febrero, cuando se inició el ataque de Estados Unidos a Irán. ¿Por qué atacar una escuela y matar a 175 niños? Estamos en un mundo que se cree divino y poderoso para destruir las vidas de las personas, y en donde se desprecia al ser humano, especialmente, al ser humano desvalido, al pequeño, al insignificante, al que necesita, más bien, de nuestra ayuda. Y es porque estas personas se creen dioses. Y Jesús, que es el Hijo de Dios, se hace uno de nosotros y se mete en nuestra realidad y se encarna y muere por nosotros para decirnos: todos estamos para amar y para servir.

Por eso, la institución de la Eucaristía, que hacemos como el signo primordial de la vida de la Iglesia todos los domingos y todos los días también, pero especialmente toda la feligresía de los días domingos, es para recordarnos mutuamente que todos debemos compartir el pan, compartir nuestras vidas y construir un mundo de hermanos, que es el que el Señor nos ha dejado como tarea. Y la Iglesia, especialmente, el Pueblo de Dios, el pueblo creyente, está para suscitar esos lazos permanentemente y para recordarle a los que se creen, que no se crean tanto, que aprendan a vivir de acuerdo con la vida sencilla de nuestro pueblo que necesita siempre ayuda mutua y que suscita y vive la ayuda mutua, como está en toda la historia de nuestro país, en

donde siempre ha habido grupitos de personas que, creyéndose, destruyen la vida de los peruanos.

Pero nosotros, como peruanos y cristianos, sabemos que todos somos hermanos porque somos hijos del mismo Padre, y eso nos lo ha revelado Jesús. Lo ha revelado especialmente en la Semana Santa. Cuando Jesús alimenta a sus discípulos, quiere que se fortalezcan con el alimento del amor que se comparte. Y cuando les lava los pies a sus discípulos, es para que no olviden que, en primer lugar, quien es cristiano está para servir y ayudar, especialmente a los pequeños.

Que esta Semana Santa sirva para todos como una fuerza inagotable para inspirarnos y hacer decisiones bien hechas, para inspirarnos en que, si Jesús, siendo el Hijo de Dios, se anonadó, se autohumilló para darnos vida, no tengamos miedo de perder la vida dándola al servicio de los demás. Sobre todo, no destruyendo, sino dando vida a nuestros niños y a nuestras niñas, por quienes comienza la esperanza de una humanidad distinta, una humanidad nueva, un Perú nuevo, un mundo nuevo que tenemos que continuar gracias a todas las enseñanzas que la Iglesia ha hecho a lo largo de la historia y, especialmente, al cariño increíble que el Papa Francisco nos tenía y tenía a los niños, y que ahora el Papa León XIV está continuando.

Que el Señor nos bendiga a todos y nos haga servidores, ayudándonos unos a otros, de tal manera que la ambición no pueda vencer al cariño de la solidaridad. Y que esta Semana Santa el Señor nos ilumine para tener la sabiduría suficiente para que identifiquemos qué personas pueden realmente servir a nuestro pueblo y qué personas no.

La Iglesia ahí se detiene, siempre tener en cuenta el criterio de Jesús para resolver los problemas, pero ya la forma viene de su conciencia, de su madurez, de que cada uno tome la

decisión adecuada que considere la más justa. Pero no se olviden nunca de reflexionar, de pedirle al Señor la sabiduría para que no nos equivoquemos.

Dios bendiga a nuestro país y que esta Semana Santa, con el lavado de los pies a los niños, introduzcamos ese criterio fundamental. Ellos, que son el futuro, desde ahora ya son tratados siempre con las actitudes de Jesús para restablecer en nuestro país y en el mundo el respeto por las personas y, especialmente, por aquellas personitas que, desde muy chiquitas, sienten y viven el cariño, el respeto, la misión.

Amén